

El rey conservó toda su vida la mas dulce memoria de su amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que se cumpliese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se vieron precisados á ceder al principe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca: tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir con Don Gerónimo de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de Don Pedro Pinares, la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa ese cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de este funesto suceso.



## CAPÍTULO V.

De lo que hizo Doña Aurora de Guzman luego que llegó á Salamanca.



DESPUES de haber la Ortiz, sus compañeras y yo oido esta historia, nos salimos de la sala, donde dejamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos lo restante del dia en varias diversiones, sin fastidiarse una de otra; y cuando partimos al dia siguiente, fué tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos intimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin que nos sucediese el menor contratiempo. Alquilamos luego una casa enteramente amueblada; y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos tratado, se comenzó á llamar Doña Jimena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una doncella y un page, y se encaminaron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun cuarto desocupado, y habiéndole respondido que sí, le enseñaron uno decentemente puesto. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó un mes de alquiler, espresando era para un sobrino suyo que iba de Toledo á estudiar á Salamanca, y al que esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dejaron ajustado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose del mismo color las cejas, se disfrazó, de suerte que parecia un señorito distinguido. Era garboso y desembarazado; y á no ser la cara, que era demasidamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso su disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos que tambien ésta representaria bien su



papel, así porque no era de las mas hermosas, como por tener cierto airecillo descarado, muy á propósito para el personage que le tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo marchamos allá. Metímonos en un coche, y llevamos los baules y la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agasajo, y nos condujo á nuestro cuarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar, y en lo que habiamos de pagarle cada mes. Preguntámosle despues si tenia muchos huéspedes.—Por ahora, respondió, no tengo ninguno: nunca me faltarian si quisiera recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á concluir sus estudios. Llámase Don Luis Pacheco, caballero de veinte años lo mas, que acaso conocerán ustedes ó habrán oido hablar de él.—No, respondió Aurora: no ignoro que es de una familia ilustre; pero no sé sus calidades; y habiendo de vivir en su compañía en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es.—Señor, repuso la huéspeda mirando al fingido caballero, es un caballerito de linda cara, ni mas ni menos que la vuestra; y desde luego aseguro que ambos os avendreis bien. ¡Vive diez! que podré jactarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y airosos de toda España.—Segun eso, replicó mi ama, ese tal caballerito habrá tenido en Salamanca mil galanteos.—¡Oh! en cuanto á eso, respondió la vieja, debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta que se deje ver para llevarse de calles á cualquier muger. Entre otras robó el corazon de una jóven y bella como ella sola, hija de un anciano doctor en leyes; y en cuanto á su cariño hácia Don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es Doña Isabel.—Pero dígame, le replicó Aurora con prontitud, ¿y Don Luis le corresponde igualmente?—Que la amaba antes que volviese á Madrid, respondió la Ramirez, no tiene duda; pero si ahora la quiere ó no la quiere, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apenas acababa la viuda de decir estas palabras, cuando se oyó en el pátio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vimos dos hombres que se apeaban, que era el mismo Don Luis Pacheco, que llegaba de Madrid, con su criado. Dejónos la vieja para ir á recibirlos, y preparóse mi ama, no sin alguna conmocion, á representar su personage de Don Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro cuarto á Don Luis, con botas y espuelas en traje de camino.—Acabo de saber, dijo saludan-

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO BETES"

Vol. 1625 BOUTHERY, DUFFY.





do á Doña Aurora, que un caballero toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el gusto que tengo de lograr bajo un mismo techo tan buena compañía. Miéntras respondía mi ama á este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba suspenso de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien plantado. Despues de varios discursos acompañados de mil recíprocos y cortesanos cumplimientos, se retiró Don Luis al cuarto que se le habia destinado.

Mientras se hacia quitar las botas y se mudaba de ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á Doña Aurora en la escalera, y teniéndola por Don Luis, á quien no conocia: —Caballero, le dijo, aunque no conozco al Señor Don Luis Pacheco, me parece no debo preguntar á vd. si lo es, y estoy persuadido de que no me engaño, segun las señas que me han dado. —No, amigo, respondió mi ama con gran serenidad; ciertamente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan: has adivinado muy bien que soy Don Luis Pacheco: dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Marchóse el page; y cerrándose Aurora en su cuarto con su criada y conmigo, abrió la carta, y nos leyó lo que sigue:—*Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca: alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amais todavía á vuestra Isabel? Aseguradle cuanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de contento si le dais el consuelo de haberle sido fiel.*

—En verdad que el papel es apasionado, dijo Aurora, y muestra una alma del todo enamorada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; antes bien juzgo que debo hacer todo lo posible para desprenderla de Don Luis, haciendo cuanto me sea dable para que él no la vuelva á ver. La empresa es algo ardua, lo confieso; mas no desconfio de salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió:—Yo me obligo á ver enemistados á los dos en menos de veinte y cuatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco descansado un poco en su cuarto, volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar.—Caballero, le dijo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar harta inquietud; yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas.—¿Oiga vd.! le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. Don Felix de Mendoza es un poco temible; así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en esta ciudad, y sé por esperiencia que en ella no son insensibles las mugeres.—¿Qué prueba tiene vd. de ello? interrumpió Don Luis



con presteza.—Una demostrativa, replicó la hija de Don Vicente. Habrá un mes que transité por esta ciudad, y habiéndome detenido en ella no mas que ocho dias, en este breve tiempo, os lo digo en toda confianza, se apasionó ciegamente de mí la hija de un anciano doctor en leyes.

Conocí que se habia turbado Don Luis al oír estas palabras.—¿Y se podrá saber, sin pasar por indiscreto, replicó, el nombre de esa señora?—¿Qué llama vd. sin pasar por indiscreto? repuso el fingido Don Felix. ¿Pues qué motivo puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esa injusticia. Ademas de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas gentes de poca suposicion, y aun creen que les hacen mucho honor en quitarles el crédito. Diréos, pues, sin reparo, que la hija del tal Doctor se llama Isabel.—¿Y el tal doctor, interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el Señor Marcos de la Llana?—Justamente, respondió mi ama. Lea vd. este papel que acaba de enviarme: por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos Don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso.—¿Qué veo? prosiguió entonces Aurora con admiracion. Parece que se os muda el color. Creo, Dios me lo perdone, que tomáis interes por esa dama. ¡Oh, y cuánto me pesa de haber hablado con tanta franqueza!

—Antes bien os doy gracias por ello, replicó Don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡Ah, pérfida! ¡Ah inconstante! ¡Oh Don Felix, y qué favor os merezco! Me habeis sacado de un error en que quizá hubiera estado largo tiempo. Creía que me amaba: ¿qué digo amaba? Me parecia que me adoraba Isabel. Yo miraba con algun aprecio á esta muchacha; pero ahora veo que es una muger digna de mi mayor desprecio.—Apruebo vuestro noble modo de pensar, dijo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un Doctor en leyes debiera tenerse por muy dichosa en que la quisiese un caballero de tanto mérito como vos. No puedo disculpar su veleidad, y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, quiero castigarla despreciando sus favores.—Por lo que á mí toca, dijo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será mi única venganza.—Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza; pero con todo, para que conozca mejor el menosprecio con que la tratamos, sería yo de parecer que los dos le escribiéramos separadamente un papel en que la insultásemos á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su carta; mas antes de llegar á este extremo, será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto la a-

mistad con Isabel.—No, no, interrumpió D. Luis, no pienso tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente por obra lo que hemos discurrido.

Sin perder tiempo fuí yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy gustosos para la hija del Doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces bastante fuertes que le contentasen para espresar sus sentimientos; y así hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus espresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reina mia, y no tengas la presuncion de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que por un momento. Solamente puedes aspirar á los incienso que te tributarán los hopalandas mas miserables de la universidad.* Escribió, pues, esta agradable carta, y cuando Aurora acabó la suya, que no era menos ofensiva, las cerró entrambas bajo una cubierta, y entregándome el pliego:—Toma, Gil Blas, me dijo, y haz que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente.—Sí, Señor, le respondí: será vd. servido como desea.

Responderle esto, hacerle una cortesía, y salir de casa, todo fué uno. Luego que me ví en la calle, me dije á mí mismo:—¿Conque, señor Gil Blas, parece que se hace prueba de vuestro talento y que representais en esta comedia el importante papel de criado confidente?—Sí, señor. Pues amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor Don Felix se contentó con hacerte una seña: fióse de tu penetracion. ¿Comprendiste bien lo que aquella guiñada quiso decir?—Sí por cierto: quisome dar á entender que entregase solamente el billete de Don Luis. No significaba otra cosa aquella guiñadura. No tuve en esto la menor duda; conque diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del Doctor Marcos, habiéndome antes informado de donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pajecito á quien habia visto en la posada de los caballeros.—Hermano, le dije, ¿seréis vos por fortuna el criado de la hija del Señor Doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo esperto en estos lances; y yo le añadí:—Teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al prójimo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero conocido suyo.

—¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pajecillo; y apenas le



respondí que era Don Luis Pacheco, cuando todo regocijado me respondió:—¡Ah! si el papel es de ese señorito, sígueme, pues tengo orden de mi ama de introducirte en su cuarto, que quiere hablarte. Seguíle en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dejó ver la Señora. Quédeme admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto facciones mas lindas en mi vida. Tenia un aire tan delicado y aniñado, que parecia ser de edad de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma sin necesitar de andadores.—Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de Don Luis Pacheco?—Sí, Señora, le respondí, tres semanas ha que entré á servir á su merced; y diciendo esto le entregué respetuosamente el fatal papel que se me habia encargado. Leyóle dos ó tres veces con semblante de dudar de lo que sus mismos ojos veian. Con efecto, nada esperaba menos que semejante respuesta. Alzaba los ojos al cielo, mordíase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazón. Volvióse despues hácia mí y me dijo:—Amigo mio: ¿Don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? No comprendo su modo de proceder. Dime, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento?... ¿Qué demonio le tiene poseído? Si quiere romper conmigo, ¿no sabria hacerlo sin ultrajarme con una carta tan grosera?

—Señora, le respondí afectando un aire lleno de sinceridad, es cierto que mi amo no ha tenido razon para eso; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me dais palabra de guardar el secreto, yo os descubriré todo el misterio.—Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente: no temas que te perjudique; y así espícame con toda libertad.—Pues, señora, continué yo, he aquí el caso en dos palabras: Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama tapada con un manto de los mas dobles: preguntó por el señor Pacheco, hablóle á solas, y de allí á algun tiempo, al fin de la conversacion le oí decir estas precisas palabras:—*Me juraís que nunca la volveréis á ver; pero no me contento con esto. Es menester que ahora mismo le escribais un billete que yo misma quiero dictaros. Esto quiero absolutamente de vos.* Sujetóse Don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el billete, me dijo:—Toma este papel, averigua donde vive el doctor Marcos de la Llana, y procura con maña que esta carta se entregue en propia mano á su hija Isabel.

De aquí inferiréis, señora, que la tal carta es hechura de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra.—¡Oh cielos! exclamó ella: pues esto es todavía mas de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indig-

nas é injuriosas espresiones que se atrevió á escribir su mano. ¡Ah, infiel! ¡Ha podido contraer otra amistad!... Pero revistiéndose de repente de altivez, añadió despechada:—Abandónese en buena hora libremente á su nuevo amor, que yo no pienso impedirlo. Decidle de mi parte que no necesitaba insultarme para obligarme á dejar libre el campo á mi competidora; y que desprecio demasiado á un amante tan voltario para tener el menor deseo de atraérmele de nuevo. Diciendo esto me despidió, y se retiró muy enojada contra Don Luis.

Yo salí de casa del doctor Marcos de la Llana muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré cenando juntos á los señores Mendoza y Pacheco, y en conversacion con tanta confianza como si se hubieran conocido y tratado muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision.—¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dijo en tono festivo. Ea, danos cuenta de tu embajada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dije que habia entregado el pliego en mano propia á Isabel, la que, despues de haber leído los dos dulcísimos y ternísimos papeles, prorumpió en grandes carcajadas como una loca, diciendo:—Por vida mia que los dos señoritos escriben con bellissimo estilo. No se puede negar que nadie es capaz de imitarlo.—Eso, dijo mi ama, se llama sacar el caballo, ó salir del atolladero airoosamente. En verdad que la tal señora mia es una chula de prueba y muy diestra.—Desconozco enteramente en esta ocasion á Doña Isabel, interrumpió Don Luis: la tenia en muy distinto concepto.—Yo tambien, replicó Aurora, habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer toda clase de papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo.—Así es, respondí yo introduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mas astuto, y aun á mí mismo me hubiera engañado.

Dieron grandes carcajadas el fingido Mendoza y el verdadero Pacheco cuando me oyeron hablar de esta suerte; y léjos de desaprobarme el que yo me tomase la libertad de mezclarme en su conversacion, me dirigian á menudo la palabra para divertirse con mis respuestas. Proseguimos nuestro razonamiento sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y el resultado de nuestros discursos fué, que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver, y á ejemplo suyo Don Felix juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Aca-



badas estas protestas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separaron para irse á dormir cada cual á su cuarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo, donde di fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría.—Querido Gil Blas, me dijo, tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Cuando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas, es gran fortuna tener un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interés en nuestros asuntos. Ánimo, pues, amigo mio. Nos hemos sacudido de una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio; pero como los lances de amor están sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que cuanto antes acometamos nuestra ideada empresa, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dejando al señor Don Felix con su paje, me retiré al cuarto donde tenia mi cama.

